

RUTA DE LOS EXPLORADORES OLVIDADOS: INDONESIA (JAVA)

De Java a Borneo

Seguimos en Indonesia, continente oficioso formado por miles de islas, donde voy saltando de isla en isla, primero a Sumatra, luego a Java, y de ésta, a Borneo y después... seguramente, otro ferry más.

■ @MIQUELSILVESTRE

Lampung es la gran ciudad del sur de Sumatra. Cerca se encuentra el ferry que me llevará a Java. Cuando llego ya hay muchos camiones y coches esperando. También motos pequeñas. Me pongo el primero e inmediatamente soy rodeado, interrogado, acuciado. ¿Quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿cuánto cuesta la moto? "Calma, calma", respondo, que vengo cansado y no tengo el cuerpo para muchas jotas. Pocos minutos después se abre la cancela y podemos subir al barco. Es un ro-ro roll in, roll out, o sea

que entras con tu vehículo en marcha y sales con él en marcha- de gran cubierta plana. Los pasajeros se dispersan entre los puestos de comida o buscan sitio para esperar sentados la salida. Compró un bote de fideos instantáneos, echan agua caliente y en tres minutos puedo degustar un mejunje picante que alivia mi hambre canina. Suena una música horrrisona, como de karaoke. Son dos vedettes cantando en un salón. Entro a ver qué se cuece. Cuando me descubren, llaman a gritos al "mister"; ése soy yo. Entro decidido a bailar con ellas. Mientras evoluciono haciendo el payaso, ellas me piden dinero.

"¿Dinero? —exclamo—. Ni un duro. El dinero me lo tenéis que dar a mí por divertirlos. Un mister bailando no se ve todos los días". No me entienden, o no me quieren entender, aunque por sus gestos precavidos creo que me tienen algo de miedo. Será por mi barba abundante. Los asiáticos son lampiños. Mi pilosidad causa sensación allá donde voy. Abandono el lugar y vagabundeo con mis cámaras en ristre haciendo fotos. Los pasajeros no se molestan por que los fotografíe. Al contrario, lo piden y se alegran. Sobre todo si les enseñas el resultado. Zarpamos.

Atardece. El sol se pone sobre Sumatra, al oeste, siempre al oeste. Todo empieza a ponerse de color rosa. El horizonte se inflama y según nos alejamos la isla parece arder. Las nubes densas que se alargan sobre ella semejan columnas de humo. Huimos, huimos del fuego, del devastador incendio que sucede cada tarde dejándonos ahitos de belleza.

El desembarco

Tras dos horas de navegación desembarcamos. Es de noche. A pocos metros del puerto hay un hotel. Impersonal, grandón, feote pero barato.



DE ISLA EN ISLA Y TIRO...
Atrevida, cargada hasta los topes, se atreve con todo. Ahora toca salto entre islas...



En todo el sudeste asiático se repite este panorama.



El contraste entre nuestro mundo y el suyo es brutal. Los raros somos nosotros, evidentemente...



Lo que me divierte haciendo fotos a diestro y siniestro con este objetivo de ojo de pez!

Dejo mis cosas en una habitación algo destartada. Cucarachas en el baño. Grandes y castañas, apenas huyen de mí. Seremos buenos compañeros. A mí ya no me molestan. Bajo al restaurante, pido arroz frito y una nueva marca de cerveza: Anker. De Jakarta. Está buena. Bebo tres botellas y acabo inconsciente. Subo a dormir y no soy capaz de recordar cómo me metí en la cama. Al despertar, Jakarta del tirón. Sé que está prohibido que las motos circulen por las autopistas pero me hago el loco. Desde la ventanilla del peaje me llaman a gritos, pero he pasado muy rápido y nadie puede detenerme. Es maravilloso, una autopista de verdad después del infierno de Sumatra y sus carreteras destruidas. Acelero hasta unos vertiginosos 110 por hora y pronto cojo el desvío de Tangerang. Cuando salgo de la autopista y paso por el peaje despierto a dos policías que me hacen angustiosas señas de



La plaza del ayuntamiento de Batavia, la capital de la colonia holandesa, es un hervidero de gente. Sobre todo locales, pero también algún turista.



La comida es la misma que puedes encontrar en Tailandia... o en cualquier restaurante chino de Europa.

Ya de viaje con el ferry, el sol se pone sobre Sumatra, al oeste, siempre al oeste. Todo empieza a ponerse de color rosa. El horizonte se inflama y según nos alejamos la isla parece arder

que me detenga. El siguiente control lo paso pegado al costado de un camión y nadie me ve cuando supero la barrera. El GPS me lleva al taller Motorrad de Gratiano Deru, especializado en BMW. Allí están mis cubiertas TKC80 que me ha enviado Continental Moto España. Gratiano es un hombre mayor, pequeño, encantador. Me trata con mucha deferencia. Me invita a café, comida y una bebida isotónica mientras hablamos de la ruta y uno de sus mecánicos cambia mis cubiertas. Yakarta es una ciudad de 18 millones de habitantes sometida a un perpetuo atasco.

Lo único interesante que encuentro es el viejo casco urbano de Batavia, la capital de la colonia holandesa. La plaza del ayuntamiento es un hervidero de gente. Sobre todo locales pero también algún turista. Todos miran asombrados la enorme BMW que zigzaguea entre los puestos de comida y los grupos de amigos. Es sorprendente encontrar reminiscencias de los Países Bajos en el trópico, como un antiguo puente levadizo como los que se pueden ver todavía en Amsterdam. Intento evitar el embotellamiento dejando Yakarta en domingo. Aun así



En Yakarta aprovecho para cambiar los neumáticos y montar otros Continental TKC80.



Aquí los centros comerciales son espectaculares. Esta cúpula parece la de un museo.



Yakarta es una ciudad inmensa, caótica, polucionada, llena de todo lo imaginable...



Algo irreverente, pero esta estatua va de perlas como improvisado perchero.

Yakarta es una ciudad de 18 millones de habitantes sometida a un perpetuo atasco, cuyo único punto de interés es el viejo casco urbano de Batavia, la capital de la colonia holandesa

lleva horas. La densidad del tráfico es verdaderamente surrealista y ni siquiera viajar en moto facilita las cosas, porque hay tantas que no queda un hueco libre. Me rodea un mar de motos. Qué digo un mar: un océano. Cargadas hasta lo inverosímil, con 3 ó 4 pasajeros encima, con los niños sin casco, dormidos, agarrados con cinchas a sus madres. El despacho de la naviera en Semarang es azul y luminoso. Confirman que en el ferry no hay camarotes, sólo dormitorios colectivos o butacas. —¿Cuánta gente viaja?— pregunto. —Más de 300— responden. —¿Cuántos servicios hay para todos?— Cuatro cuartos con seis retretes —responden. "¡Diablos!", pienso para mí. Y dos días

de navegación. Dos larguísimos días. —Una última pregunta, y es la más importante. ¿Sirven cerveza a bordo? El tipo me mira extrañado y se encoge de hombros. —No. Nota mental: proveerse de birra.

Hacia Borneo

El Dharma Ferry II es un navío astroso y oxidado. Lo construyeron en un astillero japonés en 1971. La compañía indonesia lo compró de segunda mano en 2002, seguramente porque para las leyes niponas ya era legalmente chatarra para el desguace. Suerte la de los paquebotes que merecen una segunda vida en países de regulaciones flexibles. Desde entonces estabula a los más pobres que no pueden

pagar un billete de avión a Kalimantan. La rampa de acceso está en una inclinación peligrosa. Subo a la bodega sin alguna dificultad. El suelo está resbaladizo de agua, aceite y salitre. Maniobro con lentitud. Cuando por fin la encajo en el hueco reservado, uso mis propias cinchas para que amarrar a *Atrevida*. Esto es lo que más me preocupa, la estabilidad de la moto; aunque lo primero que preocupa al oficial que dirige el cotarro es que no deje las cervezas atadas en el top case —No pienso hacerlo— respondo empapado en sudor. El dormitorio colectivo apesta, y eso que va vacío. Escojo una litera superior y examino los servicios. 4 placas turcas y dos urinarios. La sala de butacas tiene aspecto de dispensario. Aparece un oficial. Lo cojo por banda y le pregunto si no tiene una cabina. —No —contesta—, en este barco solo hay clase económica. —Ya, pero yo podría dormir con la tripulación. El tipo se me queda mirando un momento y me contesta que va a ver qué puede hacer. Al cabo de un rato regresa. Si tiene

En BDO, uno de mis patrocinadores, me reciben como un héroe... ¡Con cartel y todo!



El centro de Yakarta está plagado de modernos rascacielos; ciudad de contrastes, algo habitual aquí.

algo para mí. Le sigo por los pasillos hasta la parte superior. Llegamos a una sala refrigerada donde hay una mesa y una nevera. Mi anfitrión abre una puerta. Es una cabina de oficiales con una litera. Es pequeña, modesta, pero estoy solo aquí y puedo dejar mis cosas. No me lo puedo creer. De nuevo he vuelto a caer de pie. Podré enfriar mis latas y trabajar con el ordenador durante los dos días de navegación. Es lo mejor que me podría haber pasado. Cuando se hace de noche me siento solo en la cubierta superior y veo cómo se pone el sol mientras bebo mis cervezas. Una tras otra van cayendo. Según calientan



Este puente levadizo es una reminiscencia del pasado colonial holandés.



No es inusual que las calles de Yakarta se inundan tras una lluvia torrencial.



Este monumento simboliza la liberación de Nueva Guinea del dominio holandés en 1963.



En los campos de arroz, el verde intenso baña el ambiente al igual que la neblina matinal.

mi ánimo me siento muy feliz aquí. De nuevo en movimiento, en otro barco, en otro mundo. Recuerdo al gran Josep Pla, que decía que le encantaba viajar en cargueros y convivir con la tripulación. Y aquí estoy yo ahora, viajando a Borneo en un carguero, durmiendo en el castillo de proa y escribiendo un libro sobre ello. Es como si el mismísimo Josep Pla me hiciera un guiño socarrón desde el más allá. El mar se mueve bajo mis pies y la espuma que le arrancamos se funde con el metálico crepúsculo. ¿De verdad está pasando todo esto? Pienso ahora mismo que mi biografía es la que es, que no hay nada que esconder, que cuanto más se rasque en ella buscándome una falla o un embuste, más Miquel Silvestre aparecerá para enojo de mis críticos y disfrute de los amigos. Habiendo reconocido todos mis defectos y miserias en innumerables textos y ocasiones, lo que al fin me queda como premio es la enorme libertad de la que disfruto, quizá la más cara de todas: escribir lo que me da la gana y como me da la gana. Cualquier cosa que diga será siempre imputada a beneficio de inventario. Tanto como si bebo mil latas en una noche como si desnudo la falsa filantropía de las ONG en África, como si me emociono hablando de Dios en Sumatra, los que me conocen dirán: *"Ya sabes, las cosas de Miquel"*. Amanece el segundo día de navegación y es como si el Dharma Ferry II fuera un barco de rescate de refugiados, una

patera gigante de albaneses rumbo a Italia o una Balsa de la Medusa. El escenario es terrible y patético. Familias enteras por los suelos, hombres en camiseta tirados por la cubierta con la mirada perdida por la incomodidad y el aburrimiento. Cansancio curado a base de paciencia de siglos. La paciencia infinita de los pobres de este mundo que han aguantado, aguantan y aguantarán lo que haga falta como los organismos resistentes que son. La visión de este arrasado campo de batalla me hace recordar que esto que veo es lo normal. Que son mis ojos occidentales los que lo convierten en excesivo o extraordinario. Pero no es así. El mundo en su mayor parte es un enorme Dharma Ferry II que navega lentamente acarreado desgraciados sucios y cansados. Mi anómala presencia me recuerda también que yo represento la proporción exacta de *misters* en este planeta. Aproximadamente un blanco privilegiado por cada cuatrocientos morenos que sobreviven al día. No, en realidad no son pobres, son normales. Somos nosotros los raros. Nuestra opulencia no es la medida de nada, es una extravagancia que le cuesta muy cara a la naturaleza. No somos el ombligo del mundo ni el centro del universo. Nuestro sistema de valores y consumo no representa en absoluto la normalidad. Simplemente nos lo hemos creído porque hemos inventado la televisión. ●

INFORMACIÓN ÚTIL

Requisitos entrada

Moto: Carnet du passage expedido por el RACE.

Personales: Pasaporte con seis meses de vigencia y visado en frontera por 25 dólares americanos.

Alojamiento

Hotel Whiz Semarang
www.whizhotels.com/semarang

Ferry

Semarang (Java) Pontianak (Borneo)
www.dluonline.co.id